

ACQUA

En el pueblo del padre de Susi decían algo así como que el hombre que no sabe bailar y no sabe nadar, no sabe follar. ¿O lo decían de la mujer? En cualquier caso, a Susi la experiencia en el campo amoroso le ha demostrado que la proposición es cierta, y por razones obvias. En las tres actividades se necesita coordinación, ritmo y resistencia.

Bailar es una actividad sexual, es la antesala o la metáfora del sexo. Nadie lo duda, y, de hecho, en los primeros asentamientos calvinistas el baile estaba prohibido, de la misma manera que cinco siglos después se prohibió que las cámaras de televisión retransmitieran los movimientos de cadera de Elvis Pelvis. Al fin y al cabo, etimológicamente, *rock & roll* significa follar. O eso significaba en slang negro de los años treinta.

Nadar también es un acto sexual, aunque a nadie le parezca tan obvio. Que Susi sepa, nadie ha prohibido la natación por considerarla un acto susceptible de provocar escándalo público. Pero el subconsciente colectivo está lleno de imágenes relacionadas con el agua. La inmersión en el agua significa la regresión a lo preformal, y de ahí que la idea del agua, del bautismo, implique tanto la Muerte como el Renacimiento. Algo así como que el hombre viejo muere por inmersión en el agua y da lugar a uno nuevo, regenerado. El Mito de las Aguas de la Muerte es tan antiguo como el hombre y se explotó en numerosas versiones por la tradición judía, ya se sabe: el Diluvio, la Ballena de Jonás, el Dragón Behemoth que habitaba en el Jordán... siempre el agua como cambio, como paso de un estadio a otro (Susi lee mucho, quizá para compensar lo rutinario de su trabajo). Al fin y al cabo, venimos del agua, no del polvo. Durante nueve meses nadamos en agua, y cuando finalmente llegamos al mundo exterior, lo hacemos arrastrados por una corriente de agua, la contenida en el vientre de nuestra madre para proporcionarnos un entorno seguro y acogedor. En cierto modo, todos somos anfibios. O lo hemos sido.

La gente acostumbrada a nadar en mar abierto podría confirmar que se trata de una de las experiencias más sensuales que existen, y que muchas veces el placer que proporciona supera al del verdadero acto sexual, porque, seamos realistas, el acto sexual no siempre es placentero, y muchas veces se convierte, al menos para Susi, en un auténtico aburrimiento, por no decir tortura. Y, en otras ocasiones, aunque no sea tan horrible, tampoco es maravilloso. No es más que una especie de compensación: algo que se intercambia por afecto, compañía o amistad.

Como el sexo, el ejercicio físico exige una cierta resistencia al cansancio y al dolor. Como en el sexo, superado cierto umbral el dolor y el placer se confunden. De la misma manera que a la mañana siguiente de un buen polvo Susi es incapaz de recordar cómo demonios pudieron hacerle todos esos cardenales, la tarde que sigue a la mañana en la que ha nadado varios kilómetros Susi no alcanza a comprender por qué tiene tamañas agujetas, si lo cierto es que cuando nadaba no se sintió cansada en ningún momento. Normalmente, sólo se siente mal en el momento en el que pisa la playa. Es entonces cuando advierte que se ha excedido. Pero no le importa. El mar es su amante.

Y estaría dispuesta a morir por él.

El mar le acaricia todo el cuerpo como ningún ser humano podrá hacerlo nunca. La acoge, la envuelve y la tranquiliza. La balancea, la arrastra, juega con ella. Le lame los pezones y consigue ponérselos de punta mientras las olas le besan todo el cuerpo, y a cada patada que Susi da para avanzar, el agua que viene y va se desliza entre las piernas como la lengua de un amante experto. La mima, la duerme, la saca de sí misma (el cansancio y el efecto narcótico del agua le hacen trascender más allá de su propio cuerpo) y la vuelve a llevar hasta ella misma, a lo que era antes de nacer, antes de que el mundo la convirtiera en un ser perverso y socializado, más preocupado por la opinión de los otros que por sus propios y básicos deseos.

Desgraciadamente el mar es un amante caprichoso, que no se deja seducir en invierno. A partir de septiembre se muestra irascible y frío y no la deja entrar en él. Susi sabe que podría arrastrarla en una de sus mareas, vapulearla airado y luego lanzarla contra el rompeolas igual que un niño enfadado con su madre estamparía un juguete contra la pared. Sabe que podría matarla, congelándola. Sabe que es neurótico y ciclotímico y que necesita tiempo para sí mismo. Se lo concede porque lo ama y por tanto lo respeta, así que en invierno nada en una piscina.

Pero la piscina, pese a ser una amante atenta y servicial, nunca será su primer amor. En primer lugar es sosa y predecible. No es vivaz ni imaginativa, no propone nuevos juegos, no sorprende con reacciones inesperadas, no hace vibrar con cambios en el humor o la calentura. Su superficie es siempre lisa y uniforme, su temperatura constante. Y, para colmo, es limitada. Cuando Susi mira a su alrededor, entre largo y largo, no se siente, como en el mar, rodeada por una inacabable manta azul; al contrario, siempre se encuentra con esas horribles cuatro fronteras de hormigón que le recuerdan que todo su juego se va a limitar a nadar cincuenta metros y deshacer el camino andado, nadar cincuenta metros y deshacer el camino andado, nadar cincuenta metros y deshacer el camino andado, y así hasta que Susi dé por terminada la sesión y se despidan de su pequeña prostituta (porque, por mucho que la avergüence reconocerlo, no tiene más remedio que admitir que está obligada a pagar por entrar en ella), satisfecha pero no saciada, y, desde luego, jamás enamorada. Nunca será lo mismo nadar en ese sucedáneo aséptico y controlado que hacerlo en mar abierto. Follar por necesidad, en una relación constrictiva y limitada, es muy diferente a hacerlo por amor, en un acto libre.

Susi teme a su amante en la misma medida en que lo ama. Confía en él en la misma medida en que lo teme. Teme el día en que pueda cambiar, puesto que la tiene a su merced, y Susi depende de que él se mantenga como es, que siga siendo la brújula que la guía. El día en que, por la razón que sea, deje de serlo, estará perdida.

Y lo sabe.

Porque cuando está dentro de él le pertenece. Y si él decide cambiar de humor, si decide sorprenderla con una marea repentina, un oleaje imprevisto o un remolino inesperado, la tendrá a su merced. Por eso el mar es su verdadero amor, y no la triste piscina.

Porque no existe el amor sin entrega y sin riesgo.

El primer amor de Susi fue su hermano. No sabría decir ni cómo ni cuándo empezó a amarlo. Supone que sería en la primera infancia, aunque eso no consiga recordarlo. Los dos hermanos vivían en cuartos separados y en mundos separados. A él lo vestían de azul y a ella de rosa. A Susi no se le permitía dormir con él, ni abrazarlo durante demasiado rato, ni besarlo en la boca, ni verlo desnudo. Nunca lo vio desnudo, según cree recordar, porque ni siquiera le permitían entrar en el cuarto de baño si él estaba allí, fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo. No recuerda muy bien si lo quería entonces, o si era consciente de quererlo. Su hermano era un niño cinco años mayor que ella, un príncipe destronado que disfrutaba arrancándoles la cabeza a las muñecas de su hermana y maltratando a la propietaria de las decapitadas en cuanto encontraba la menor oportunidad. Susi vengaba las afrentas acusándolo a su madre, la madre le pegaba un cachete al hermano, el hermano acumulaba un poco más de odio, y vuelta a empezar. En cuanto la madre se diese la vuelta, el hermano volvería a pellizcar a la hermana, a tirarle del pelo, a pegarle, a intentar arrebatarle la muñeca, y Susi volvería a quejarse a la madre, hasta que la pobre señora, harta, les arrease un bofetón a cada uno (no a él, sino a los dos, Susi incluida, pobre Susi que no había iniciado la pelea, que no tenía ni arte ni parte en el asunto, que sólo quería jugar a las muñecas y que la dejaran tranquila), y los mandara a cada uno a su cuarto, los dos llenos de resentimiento, él porque ella le había quitado el puesto de rey de la casa y ella porque él la pegaba y porque la madre no la defendía y ni siquiera le daba la razón. Y así crecían los dos llenos de odio: el uno hacia el otro, los dos hacia la madre.

Años después, él se convirtió en un adolescente guapo e ingenioso, hinchado de una vitalidad que fulguraba a través de su cuerpo delgado como una especie de resplandor, y alumbrado por una sonrisa radiante e insensata, descaradamente artificial y sin embargo convincente; un chico de belleza angulosa e indescifrable, infinitamente más atractiva que perfecta, que jugaba al fútbol y fumaba porros y al que las chicas llamaban constantemente, y Susi, que sólo tenía once años y que estaba condenada a llevar un horroroso uniforme azul y blanco de lunes a viernes y unas coletas tensas como una soga, se moría de celos imaginando las cosas que él haría cuando saliera de casa, en la calle, lejos de la mirada vigilante de los padres, en un territorio libre y feliz al que a Susi no se le permitía escapar.

Cuando Susi cumplió doce años —él tenía dieciocho— cayó en la cuenta un día, de repente, de que se había enamorado. Nadie tuvo que explicarle qué era el amor, no tuvo que comparar lo que le estaba sucediendo con ninguna emoción retratada en libros o películas, porque lo sentía crecer dentro, invasivo e inmenso, absoluto. Él era muy, muy guapo, moreno, con una cortina de flequillo lacio cayéndole sobre los ojos verdes, alto, atlético y musculoso, y tenía un gran éxito social, y era simpático e inteligente... y la despreciaba abiertamente, claro (y

tal vez fuese eso lo que más le gustaba a Susi). Seguía peleándose con su hermana, igual que antes, pero los pescozones y los empujones habían cambiado de naturaleza y ahora se trataba de peleas encarnizadas. Se peleaban sobre la cama, siempre la cama de él, dándose de puñetazos. Él la sujetaba contra el colchón y ella se defendía como podía: mordiscos, patadas, pellizcos, tirones de pelo... Por supuesto, Susi no tenía ninguna posibilidad de vencerle: él era mucho más grande que ella, y suerte tenía aquella niña de que su hermano no abusara de su fuerza. Al cabo de una media hora, él siempre acababa por dejarla escapar y entonces Susi se escabullía hasta su cuarto, silenciosa y rápida como una lagartija. Atesoraba con fervor los vestigios de aquellas batallas, los cardenales y los arañazos, y se los examinaba detenidamente en el espejo, orgullosa como una amazona, los contaba uno por uno y mentalmente anotaba su emplazamiento exacto y sus dimensiones, variables como el nivel del agua, porque para su desgracia los cardenales perdían gradualmente su color —una gradación cromática que incluía el violeta, el amarillo, el gris y a veces incluso el verde— y la línea de los arañazos se iba suavizando y diluyendo hasta no ser más que una sombra. Y siempre volvía a por nuevos arañazos y nuevos moretones. Y él siempre reanudaba la pelea, por mucho que supiese que la batalla era absurda, que él era mucho más fuerte, que podía inmovilizarla con un solo movimiento de su brazo, que habría bastado con que él pusiese el antebrazo en el cuello para impedirle respirar y allí se habrían acabado las peleas, y podría haberlo hecho, claro que podría haberlo hecho, pero no lo hacía, jugaba a dejarle pelear, a alargar la cosa, a fingir que Susi tenía alguna posibilidad, si no de vencerlo, si de aguantarle los ataques diez o quince minutos, y le dejaba jugar porque, aunque ninguno de los dos lo supiera, aunque no hubiesen podido reconocerlo nunca, había algo sexual en el asunto, en el sudor y los revolcones, que lo hacía adictivo.

El padre ya se había divorciado de la madre para entonces y vivía en otra casa y en otra ciudad. Lo veían poco, unas dos o tres veces al año, y sus desesperados esfuerzos por parecer cariñoso y cercano resultaban patéticos, dado que nunca lo había sido cuando vivía en familia. En casa, el hermano aseguraba que no tenía nada de que hablar con él, que ya estaba demasiado mayor como para que el padre lo llevara al cine o al parque de atracciones, ahora que le había dado, tarde, por ejercer de progenitor comprensivo y proponerle semejantes chorradas, pero estas cosas jamás se las decía a su padre a la cara, porque el señor seguía enviando puntualmente el dinero que pagaba la carrera de Empresariales de su hijo, aunque no estaba obligado a hacerlo puesto que el chico ya había cumplido los dieciocho, y eso el hermano lo sabía muy bien, y como no le interesaba jugarse la carrera por una cuestión de orgullo, se tragaba las palabras. En cuanto a Susi, albergaba dentro un complicado entramado de recuerdos y sensaciones: temía al padre y no olvidaba sus gritos ni sus pataletas, como no olvidaba los sudores fríos que había sentido aquella lejana ocasión —tendría Susi ocho o nueve años— en la que yendo a comprar el periódico en el coche un domingo por la mañana, advirtió cómo la mano del padre avanzaba en horizontal desde la palanca de cambios hasta la rodilla de la niña, y luego en vertical, subiendo por el muslo, por debajo de la falda, hasta las bragas, y todo aquello sin desviar la mirada de la carretera, como si no estuviera pasando nada, como si lo más normal del mundo fuera que un padre le metiera mano a su propia hija mientras iba a buscar los mismos cruasanes que se servirían para el desayuno en la mesa familiar. O quizá sí fuese así, quizá fuese lo más normal del mundo, quizá todos los padres lo hacían, qué podía saber Susi de eso, qué podía sino intuir, y sólo intuir, algo de raro en la maniobra, y en cualquier caso le tenía tanto miedo al padre, a aquel señor que por todo gritaba y protestaba y cuya voz de tornado hacía temblar las paredes de la casa como para no protestar ni preguntar, ni mucho menos contárselo a nadie.

Bueno, pues aquel padre vivía en otra ciudad, con otra mujer, y la madre se pasaba los días encerrada en su habitación sin hablar con nadie. Si él no había sido nunca cariñoso, no mucho más podría decir de ella. Probablemente a ninguno de los dos les gustaban demasiado los niños y los tuvieron por lo mismo que se casaron: porque era lo que había que hacer. El padre tuvo que casarse con la madre para poder acostarse con ella (porque ella llegó virgen al matrimonio, o al menos eso repetía cada vez que alguien le daba la más mínima oportunidad, quizá porque era el único gesto del que se podía sentir orgullosa en su tediosa y estéril vida) y la madre tuvo hijos porque ni sabía lo que eran los anticonceptivos (también se ocupaba de repetir que en sus tiempos no se podía comprar la píldora, como si eso sirviera de eximente para justificar el hecho de haber concebido y parido a esos dos seres a los que no acababa de entender), ni se le había pasado por la imaginación que una mujer casada pudiera no tener

hijos. Cuando Susi piensa en todo eso no se atreve a analizar demasiado la frágil y enmarañada red de sentimientos que unía a la familia, pero sabe que si bien ella quería a su hermano con locura, no había aprendido la manera de hacérselo saber, y si él alguna vez la quiso, y ella cree que la quiso, es más, está casi segura de que la quiso tanto como ella a él, tampoco habría podido decírselo nunca, porque las manifestaciones del amor se aprenden y se imitan, y no se puede expresar cariño cuando uno nunca ha visto cómo se hace.

Susi lo quería, claro; claro que lo quería, y lo deseaba, y fantaseaba con la idea de dormir con él, pero sólo imaginaba, por supuesto, porque daba por hecho que si se metía en su cama de noche él la haría salir de allí de un bofetón, y es que no era lo mismo jugar a pelearse que dormir en la misma cama como un matrimonio, y eso hasta Susi lo entendía, a pesar de su total ignorancia en cuanto a sexo. Pero a veces pensaba que era muy posible que lo que había hecho su padre lo hiciesen todos los hombres, y que si su hermano le pusiese la mano en la rodilla se vería inevitablemente obligado a avanzar y seguir hacia arriba y entonces Susi no cerraría las piernas como había hecho en el coche, con el padre. Y en pensar y pensar se le iba a Susi la cabeza y nada sucedía, porque además Susi sentía la mirada de la madre, siempre alerta como un faro, y a la que Susi tanto temía, tanto como al padre, aunque de una forma muy distinta, porque la madre no gritaba, sólo apretaba los labios y se encerraba en su cuarto, y entonces no hacía la comida o no llevaba a los niños al colegio, y no les daba siquiera dinero para el autobús, y Susi odiaba tanto tener que ir al colegio andando en una caminata de cuarenta y cinco minutos, y odiaba tener que comer la fruta que había en la nevera (la madre les tenía prohibido a los niños cocinar, ni hacerse siquiera un huevo frito, ya que no soportaba la visión de su cocina, su territorio, su reino, invadida por fuerzas extrañas), y Susi temía y odiaba y quería a la vez a su madre, y sabía, sin entender bien cómo ni por qué lo sabía, que su madre no estaba bien de la cabeza, que no le había sentado bien ni vivir con su padre ni dejar de vivir con él, Susi asumía eso, igual que daba por sentado que la madre odiaba el sexo, porque cada vez que el tema se mencionaba se ponía nerviosa y decía que de eso no se hablaba, y ¿cómo no se iba a mencionar el tema, si el tema que no se debía mencionar estaba omnipresente allí fuera, en las películas y en los videos, y en los anuncios, y en la radio y en las conversaciones de las otras niñas del colegio que se dejaban tocar y besar por otros chicos que no eran más que eso, chicos, y no eran ni su padre ni su hermano? La madre odiaba el sexo, de la misma manera que odiaba al padre cuyo nombre ya no se mencionaba en casa, y, por lo tanto, más le valía a Susi no pensar siquiera en aventurar una incursión nocturna a la cama del hermano, porque entraba dentro de lo posible, quién sabe, que el hermano no le diera un bofetón, que se comportara como el padre, pero no entraba dentro de lo posible que la madre llegara a comprenderlo, y tampoco entraba dentro de lo posible que la madre no se enterase, porque siempre estaba por allí, espiondo, acechando, rebuscando en la cartera de Susi y en su mochila, asomando la cabeza por los marcos de las puertas cuando Susi menos lo esperaba y escuchando sus conversaciones telefónicas.

Hubo una oportunidad, la hubo, muchos años después, cuando Susi tenía dieciséis años y él veintiuno, y ya se habían acostumbrado los dos a los doctores de la madre y a sus pastillas y a sus lloreras y a sus crisis de nervios. Aquella vez, según alcanza Susi a recordar, se había desencadenado una bronca a cuenta de la falda del uniforme del colegio, demasiado corta según la madre, aunque eso, argumentaba Susi, era más culpa de la madre que de nadie, porque era ella la que no había querido comprar una falda nueva, y luego siguieron peleando como siempre, la madre venga a llamar a la hija zorra desagradecida y la hija a decir a la madre que era una histérica y una loca, lo de siempre, una escena aburrida a fuerza de repetida y predecible, una disputa que no llevaba a ningún lado, inútil y colosal como una ballena encallada, como si se ajustasen a un guión acordado de antemano, cuando, de repente, la madre sacó un cuchillo de un cajón, visto y no visto, un cuchillo enorme de ésos de cortar el pan, y antes de que Susi pudiera darse cuenta ya tenía la punta del cuchillo en la garganta y a una madre vociferante agarrando el mango, y a un hermano no menos vociferante sujetando a la madre, y una escena digna de película italiana que se había montado de repente en la cocina. Y después de que el hermano consiguiera placar a la madre, hacerla caer al suelo e inmovilizarla, después de calmarse y dejar de gritar, cuando ya sólo sollozaba e hipaba, después de que el hermano llamara por teléfono a la hermana mayor de la madre, apareció al cabo de un rato aquella señora bigotuda a la que siempre habían llamado tía, acompañada de su marido y de otro señor –un médico psiquiatra, según supo Susi más tarde– y cuando consiguieron calmar a la madre y meterla en la cama con una pastilla para dormir, la tía y su marido se encerraron con el hermano en la cocina, y fuera lo que fuera lo que les contara el chico, el caso es que al día siguiente la tía acabó por convencer a la madre de que necesitaba

un tiempo fuera de casa, y tras de que la tía, tan madura ella, tan controlada, tan mujerona, tan en su papel, les explicara a los dos adolescentes que debían ser tolerantes con la madre, e intentar entenderla y perdonarla porque el divorcio la había afectado mucho, se la llevó, gracias a dios, se la llevó de vacaciones para lo que serían quince larguísimos y hermosos días, quince días de paz y tranquilidad, no sin antes hacerles prometer a los hermanos que serían buenos y que no traerían gente a casa, y a Susi que sería dócil y sensata y que no llegaría tarde al colegio un solo día (porque como la tía se enterara se le podía caer el pelo), y al hermano que sería justo y responsable, y que cuidaría de la pequeña, y que no traería chicas a casa, y encomendarles encarecidamente a ambos a que se comportaran, en suma, como los hijos buenos y obedientes y amantísimos que no eran.

Y pudo haber sucedido durante aquellos quince días en los que convivieron a solas, sin los ojos siempre vigilantes y perseguidores de la madre, pero no sucedió. El hermano ni siquiera hablaba a Susi si no era a gritos. Se comportaba como lo hicieran en su día el padre o la madre, poniéndose histérico por las cosas más nimias y más absurdas, tonterías como que Susi se dejara la puerta del microondas abierta o hablara más de cinco minutos por teléfono. Y cada mañana, para colmo, a Susi le tocaba encontrarse con una chica en la mesa del desayuno, una chica que había dormido con el hermano, que había usurpado en su cama el puesto que Susi sentía que le pertenecía por derecho, una chica que no siempre era la misma, porque el hermano simultaneaba a su novia supuestamente oficial, una morena de pelo largo y enormes ojos color miel, con una pelirroja pequeñita, no tan guapa ni tan amable, y que precisamente por eso era la favorita de Susi, y cada mañana a Susi le tocaba encontrarse con una de las dos en el desayuno, la morena blanda y lacia mordisqueando con abulia una tostada o la pelirroja anodina bebiéndose un tazón de colacao, sentadas a la mesa, aposentando sus reales e interrogando a Susi sobre sus progresos en el colegio, con esa mezcla de orgullo triunfante y fingida modestia con la que la trataban las dos, tanto la morena como la pelirroja, las muy zorras, con esa condescendencia con la que algunos adultos estúpidos tratan a las niñas pequeñas.

Pero Susi ya no era una niña pequeña.

Por entonces Susi tenía una especie de novio, si por novio se entiende a un chico de veintidós años sospechosamente parecido a su hermano, que tenía una novia formal, a la que dejaba en casa a las diez de la noche y que la llevaba de copas de vez en cuando, siempre a partir de las diez y media, para acabar metiéndosela de la manera más torpe posible en el asiento trasero de su coche. Y no es que a Susi le gustara lo que hacían ni poco ni mucho, ni que le gustara él demasiado, ni que fuera tan ingenua como para pensar que él iba a dejar algún día a su novia oficial y virgen de solemnidad por una zorrilla de tres al cuarto como Susi, pero resultaba agradable que alguien la besara y la abrazara, y Susi ya había aprendido a no pedirle a la vida mucho más que eso. Así que una noche, harta de los magreos del asiento trasero, le sugirió dormir en la casa, ahora que la madre no estaba, para que pudieran hacerlo de una vez en una cama, como todo el mundo. Y cuando volvieron a casa, después de haberse emborrachado en un bar de mala muerte, Susi se encontró una sorpresa encima de la mesa del recibidor. Un bolso negro, pequeño, de tela bordada, no particularmente bonito ni feo, que Susi supuso perteneciente a la morena, puesto que a la pelirroja nunca la había visto llevar un bolso. No se pudo contener: lo abrió, lo puso boca abajo y desparramó todo su contenido sobre el suelo. Se encontró con lo esperable: llavero, tabaco, mechero, pintalabios, lápiz de ojos... ¡cartera! La cogió y la abrió. No se había equivocado. El carnet de identidad que había allí dentro pertenecía a la morena, que se llamaba, por cierto, María Luisa Ruiz de Arbeloa y nosequé, a día de hoy Susi todavía no lo ha olvidado, porque pensó: "joder con la pija esta, menudo apellidito que se marca". Dentro de la cartera había un billete de cinco mil, cinco mil de las de entonces, que casi no se veían, y con la mayor tranquilidad se lo metió Susi en el bolsillo de los vaqueros, sin decir palabra, ante la atónita mirada de su acompañante, quien, por si acaso, no dijo esta boca es mía Y conste que Susi pensó que la morena se daría cuenta de que el billete había volado, y que el hermano, a mínimo de dos dedos de frente que tuviera –y Susi no dudaba que los tuviera– adivinaría enseguida quién había sido la responsable del hurto, pero a Susi tanto le daba lo que la morena advirtiera y lo que el hermano adivinara, en primer lugar porque pensaba negarlo todo con firmeza y convicción suficientes como para que quedase al menos un minúsculo resquicio de duda, y en segundo lugar porque en el fondo le importaba un comino que el hermano se enfadase, o mejor dicho, quería que se enfadase, claro que sí, porque Susi sí que estaba enfadada, y rabiosa, rabiosa con la morena mema aquella por robarle a su hermano, y con su hermano por despreiciarla en favor de semejante pija de apellido compuesto. Así que a Susi le parecía perfectamente justificado lo que estaba

haciendo, y aún le parecía poco, poca indemnización se estaba llevando para resarcirse de los daños perpetrados a su orgullo y a su corazón. Y no se acostó con su hermano, claro que no, pero se llevó algo que pertenecía a aquella chica que sí podía hacerlo, la muy zorra, así que se sentía como si, de alguna forma, hubiese conseguido su objetivo. Y aquella noche, como se podía prever, el gallito aquel que la acompañaba disfrutó del polvo de su vida, porque todas las cosas que le hizo a él –y se esmeró, claro que se esmeró– imaginaba que estaba haciéndoselas a su hermano.

Susi se hizo a nadar a diario cuando alquiló un piso frente al mar. Desde su casa no se tarda apenas ni diez minutos en llegar a la playa, y como en la ciudad hace buen tiempo casi seis meses al año, más o menos desde mayo hasta principios de noviembre, es fácil hacerse a una rutina de brazadas. Se acostumbró a nadar todos los días para llegar al bloque de cemento que delimita la frontera de las diez millas, un mazacote que plantó allí alguna grúa a saber cuándo para que los windsurfistas no se alejaran demasiado de la playa, y aunque al principio le costaba muchísimo nadar aquella distancia, y más de una vez pensó que lo dejaba y no llegaba, al cabo de un tiempo acabó por parecerle la cosa más normal del mundo, y todas las mañanas, a las siete, sí, a las siete de la mañana, se iba a nadar, con el mar para ella sola, y avanzaba alentada por los primeros rayos, disuelta en una luz dulzona y turquesa, como de jarabe destilado de agua y de sol, desde la orilla hasta el mazacote y desde el mazacote a la orilla. Y poco a poco se enamoró del mar, y aunque al principio no le hacía demasiado caso, e iba a verlo día sí y día no, acabó por visitarlo puntualmente todas las mañanas, ansiosa por dejarse mecer entre sus brazos de olas.

Una mañana de septiembre Susi se sorprendió al ver aparecer por el horizonte una lancha que avanzaba directa hacia su persona. No se asustó porque advirtió enseguida que el bote aminoraba su velocidad en tanto se acercaba. Era una lancha de la Cruz Roja, y llevaba dos guardacostas dentro. Parecieron muy sorprendidos de encontrársela nadando en mar abierto a semejantes horas. Le preguntaron qué hacía, que a dónde iba, con tono entre aprensivo y sorprendido, y después de que Susi les explicara que nadaba por puro placer, por ejercicio, todas las mañanas, le aconsejaron que tuviera cuidado, porque a veces había marejada y a esas horas no habría nadie en la playa para poder controlarla. Pero está claro que no hay ninguna ley que le prohíba a una bañarse a la hora y en la época del año que le dé la gana, así que Susi hizo caso omiso de sus indicaciones y siguió nadando hasta el bloque de cemento, como todas las mañanas.

El padre sigue casado con la misma mujer; la madre vendió el piso y se fue a vivir con su hermana y su bonachón marido; el hermano se graduó en Empresariales con unas notas excelentes y se puso a trabajar en un gabinete de abogados, y Susi acabó la carrera de Derecho a trancas y barrancas, acabó trabajando como asistente en el departamento fiscal de una empresa de seguros y se fue a vivir a un piso compartido con dos compañeras de la Universidad. No es que le entusiasmara aquello; la verdad es que odiaba su trabajo, y no había día en que no soñara con dejarlo y largarse a montar un chiringuito en Ibiza –ése u otro cualquiera de los planes imposibles que rumiaba diariamente frente a su mesa de trabajo–, pero al menos pagaba el alquiler, y soportaba el aburrimiento, y el cansancio, y la arrogancia de su jefe, y la estupidez de las secretarias y el sueldo raquítico con estoicismo y los labios apretados... Sí, claro que a veces se arrepentía de no haber seguido en la Universidad, de no haberse doctorado o algo así, o haberse especializado en Derecho internacional, pero qué le iba a hacer ella si el listo de la casa fue siempre el hermano, y, además, Susi estaba loca por independizarse lo antes posible, y no veía el día de ponerse a trabajar en lo que fuera.

Desde que empezó a vivir por su cuenta no veía demasiado a su familia. Lo justo, cada dos o tres fines de semana se pasaba a comer por casa de su tía para visitar a la madre, que seguía con sus neuras y medicada y eso, pero a la que por lo demás parecía irle mejor, se la veía más tranquila, aunque se había puesto como una foca a cuenta de las pastillas. Lo de la pasión por el hermano se le había pasado ya, y lo veía desde lejos como un amor adolescente, como el primer amor, exactamente, bien que no un primer amor convencional, pero un primer amor al fin y al cabo, porque cualquiera podrá escoger el primer amor que más le apetezca o que mejor le venga. Y después de que Susi hubiera conocido otros amantes –sólo amantes, nunca tuvo un novio fijo–, cuando se lo encontraba en alguna de aquellas comidas, ya no tan guapo, ya perdido aquel encanto que tenía cuando jugaba al adolescente descarriado, convertido en un proyecto de señor cualquiera que se encorbatava de lunes a viernes, y que

los domingos, como convenía, iba impecablemente vestido de sport, y que ya estaba criando barriguita, metódico y ordenado, estable y gris, con aquel pelo cortado a navaja y aquellos mocasines relucientes, pensaba, "éste es mi hermano, y se supone que lo quiero porque la sangre así lo exige", pero los años arrastraron consigo aquel atractivo fascinante, la edad lo había domado, uniformado, sedado, y ya nunca volvería a ser el que era.

Nadie esperaba que fuese a morir tan joven.

La tía la llamó a la oficina para darle la noticia. Era lunes. El hermano se había ahogado en Ibiza, nadie se explicaba muy bien cómo. Estaba allí pasando una semana de vacaciones, con su novia y otros amigos. Al parecer, uno de los socios de su bufete tenía un yate, y se fueron a dar una vuelta por el mar. Fondearon la embarcación cerca de una cala bien conocida por sus cuevas. Las chicas se pusieron a tomar el sol y al hermano y otro amigo se les ocurrió ponerse las aletas y las gafas para inspeccionarlas. Lo demás resultaba incomprensible. Nadie sabía lo que había sucedido. Sencillamente, en algún momento su novia cayó en la cuenta de que el hermano llevaba mucho tiempo sin dar señales de vida. Su amigo había regresado al yate hacía rato. Un corte de digestión, aventuró la tía. Drogas, pensó Susi al momento, pero, por supuesto, no se le ocurrió decirlo en voz alta. Pero su hermano no se drogaba. O quizá sí, ¿quién podía afirmarlo? Poco sabía Susi de su vida o sus costumbres.

Al día siguiente, la Cruz Roja encontró el cuerpo, que la marea había arrastrado hasta la playa. Las autoridades locales se habían puesto en contacto con la madre, que, al enterarse de la noticia, había sufrido una de sus crisis nerviosas, así que había sido la tía la encargada de enfrentarse a todo el papeleo, porque había sido incapaz de localizar a su sobrina en su apartamento la noche anterior (Susi no había dormido en casa, pero no vio la necesidad de justificar su ausencia ante la tía). En cualquier caso, se había organizado un velatorio de urgencia, teniendo en cuenta las circunstancias y el hecho de que ya se había perdido un día y había que ir deprisa, puesto que el cuerpo se corrompería rápido. Los restos mortales del hermano de Susi estarían dos horas en el tanatorio y después se trasladarían al cementerio, aquella misma tarde.

Informada de todo lo sucedido, Susi colgó el teléfono y siguió en lo que estaba, introduciendo nombres y números en el ordenador. Tenía que cotejar una serie de direcciones en la base de datos y no se le ocurrió dejar la tarea. Todavía recuerda cómo estuvo silbando una canción que sonaba en la radio, y ahora lo único que se le ocurre para justificar tamaña indiferencia es que no supo asimilar la noticia, no la creyó en cierto modo, una parte de su cerebro se vio incapaz de procesarla. Así que estuvo en la oficina hasta las dos, como de costumbre, y después enfiló hacia el tanatorio, silbando todavía la musiquita que se le había instalado en la cabeza como un abejorro.

En el tanatorio había unas quince o veinte personas, de entre las cuales sólo reconoció a la madre y a los tíos. Los demás eran compañeros de trabajo y amigos de su hermano. Una chica a la que Susi supuso la novia del finado, por el protagonismo que adquiriría, estaba sentada en medio de un corro, hablando atropelladamente con voz dengosa y derramando lagrimitas de cuando en cuando. Hablaba de un jersey que el hermano tenía en gran aprecio. Aquella noche había dormido abrazada a él.

La madre estaba sentada al fondo y apoyaba la cabeza en el hombro de su hermana. Tenía la mirada perdida. Probablemente se había atiborrado de pastillas. El tío se levantó y se acercó hacia Susi.

—¿Quieres verlo? —preguntó en voz baja.

Susi asintió sin saber muy bien lo que hacía y se dejó arrastrar. En una de las paredes había un cristal desde el que podía verse una habitación más pequeña. Allí dentro estaba el féretro que contenía a su hermano, o lo que quedaba de él, o al menos la cabeza, porque lo cierto es que el cuerpo no podía verse, ya que la caja estaba tapada por una especie de sábana blanca que todo lo cubría y que sólo permitía ver el rostro pálido e inmóvil, asomando por un agujero. Al parecer, entre la hinchazón consecuencia del ahogamiento y la autopsia (que nada reveló, por cierto, ni drogas ni corte de digestión), el cuerpo estaba desfigurado y los de la funeraria habían recurrido a un más que discutible recurso estético. Susi reconoció la cara de su hermano, pero sabía que aquello ya no era su hermano, porque aquel semblante inexpresivo, con todos los rasgos perfectamente encajados, nada le decía ni le despertaba. Era como si alguien hubiera hecho un molde de cera de su hermano y lo hubiera colocado allí, en un ataúd, con la cara rodeada de lienzo blanco como una monja. Y de repente Susi, al fijarse bien, cayó en la cuenta de un detalle aparentemente absurdo e irrelevante: no le habían recortado las pastillas. Alguien había afeitado el cadáver (o eso creía ella, porque había leído en

alguna parte que aquella era una práctica común en las funerarias, y la tez aparecía tan cuidadosamente rasurada como para no tener que dudarlo), pero había respetado el largo de las patillas. Porque su hermano, que ella recordara, siempre había llevado patillas, desde que la barba le creciera, unas patillas más bien cortas, nada extravagantes, que se había empeñado en conservar como último vestigio de la rebeldía adolescente que tan pronto había dejado atrás, unas patillas más que discretas, pero que a la madre nunca le habían gustado, y a Susi se le vinieron a la cabeza los mil rifirrafes que había presenciado a cuenta de las patillas del hermano cuando los tres vivían en la misma casa, y cómo, cuando ya cada uno vivía en la propia, la madre seguía insistiendo en el tema, venga a repetir que qué dirían en el trabajo, y que si aquella no era imagen para un chico serio y que si esto y lo otro, como intentando a la desesperada conservar una mínima esfera de opinión sobre la vida de su hijo, que ya no conocía ni compartía. Y de repente a Susi se le ocurrió pensar que aunque el hermano hubiera claudicado y hubiese perdido aquella antigua e insultante belleza de adolescente dórico, aunque el tiempo lo hubiese erosionado hasta convertirlo en un hombre del montón, menos seguro de sí, menos altivo, menos atractivo, menos magnético, se había ido, siquiera, con las patillas puestas, como un triunfo postrero. Y aquella tontería le pareció a Susi tan graciosa que le acometieron unas repentinas ganas de reír, pero se reprimió a tiempo porque pensó que no era cuestión de estallar en carcajadas en un tanatorio, y mucho menos delante del cuerpo presente de su propio hermano, pero cuanto más intentaba contenerse, más ganas tenía de reírse, pues es bien sabido que todo lo que uno intenta reprimir tiende a aflorar de una forma violenta e incontenible, como un volcán, y con mucha más energía que si se lo hubiese dejado fluir de forma natural. Así que Susi salió de estampía de aquella habitacioncita dejando a su tío, que improvisaba torpes balbuceos de consuelo, con la palabra en la boca, y se dirigió a la puerta de la calle, andando a toda prisa, casi casi corriendo, intentando no mirar atrás, ni a la tía, tan asertiva, tan en su sitio, tan decidida como siempre, ni a la madre, desvencijada y hecha un mar de lágrimas, ni a la novia, centro radial y magnético de un corrillo de confortadores, ni a ninguno de los tantos desconocidos que la memoria difumina. Susi sólo recuerda que salió de allí por piernas, con la mirada en la puerta como única promesa de salvación y de escape, y justo a punto de salir, en el mismísimo quicio de la entrada, se dio de bruces con su padre, que intentó estrecharla entre sus brazos. Pero Susi no pudo corresponder al abrazo y se quedó allí, de pie, envarada y rígida, como si la muerte fuera ella.

¿Qué puede recordar Susi del entierro? No gran cosa. Muchos rostros intercambiables que despuntaban sobre ropas negras. Algunos sollozos, los padres que ni siquiera intercambiaron una miserable mirada, el sol torrefacto que le iba secando las entrañas, el polvo mezclándose con el aire y subiéndosele a la garganta, las ganas de que todo acabara de una vez. Y un vago recuerdo de sí misma, quieta y callada, el rostro impenetrable, sin mirar a nadie, sin decir palabra.

Y al día siguiente, cuando abrió la puerta del buzón, entre las facturas del teléfono y la publicidad del Corte Inglés y los acostumbrados panfletos de telepizza y telechino, se encontró con una cartulina de colores brillantes enviada desde Baleares, el dorso garrapateado por la letra picuda del hermano: “Esto es precioso. Te encantaría. Me lo paso muy bien. Besos”. Besos. Susi intentó cerrar los ojos, adentrarse en el pasado, volver a mirar allí dentro, recordarlo todo, aquellos tiempos en los que él aún conservaba la imperiosa necesidad de desbordarse, esa aura rotunda, a la vez aniñada y viril, de pequeño fauno moreno y asilvestrado, cuando estaba tan deseoso de mundo, de juergas, de sexo, afanoso por aparentar fortaleza, por romper las ataduras de las mujeres que lo rodeaban –madre, hermana, tías, novias...–, cuando era tan coqueto y tan hoguera, todo en él ansias y desdenes, cuando se creía superior a todas ellas, un joven dios, un atleta, un regalo del cielo para las hembras, cuando jugaba con Susi a la lucha libre, cuando mordía y arañaba, y todo aquello, entonces tan denso y tan presente, ya se había desvanecido. El pasado era un palacio que se había desmoronado hacía tiempo, ya inhabitado e inhabitable. El pasado era un momento irrecuperable. Y Susi ya no quería enfrentarse a un futuro. Le parecía que con su hermano se había perdido definitivamente el último vestigio de la poca felicidad que había conocido.

En cierto modo, todavía no lo ha superado, ni cree que lo supere nunca. Al principio ni levantarse de la cama podía. Cuando lo conseguía era como si tuviera la peor gripe de su vida. Le dolía enormemente la cabeza, un zumbido torpe le rondaba las sienes, y le entraban a cada momento ganas de vomitar. A veces se sentía invadida por una angustia terca e histérica, que gritaba, se agitaba, que se hacía notar, que la impulsaba a abofetearse a sí misma, a tirarse de

los pelos, a estampar copas contra la pared. Y luego, a aquel sentimiento tan violento venía a sustituirlo una tristeza más sosegada y despaciosa, que se posaba sobre la piel, sobre una epidermis que la iba absorbiendo sin prisas y transportándola con calma, a través de la sangre, a cada órgano, inesperadamente, sin hacer ruido, y aquella pena acababa por instalarse en el corazón, en los pulmones, en el riñón, en los huesos, y era aquel dolor intenso e interno el que le impedía levantarse de la cama, enmendar el desorden de la casa, recoger los restos de los cristales estrellados, ir a trabajar. Susi avisó a un médico de la Seguridad Social que tuvo el detalle de presentarse en casa. Allí se encontró con una Susi ojerosa y desgredada que no había comido en días y que tenía los ojos rojos de tanto llorar. El médico le recetó unos sedantes, le firmó una baja por depresión y le concedió a Susi por lo tanto, sin saberlo o quizá sabiéndolo, carta libre para seguir en lo que estaba, es decir, para sumergirse en una espiral de autocompasión. Para romper jarrones, para llorar, para tumbarse en la cama a mirar al techo. Después, cuando la baja tocó a su fin, cuando irremediablemente Susi debía reincorporarse a su mesa de despacho, solicitó la baja voluntaria y dejó aquel trabajo. No sabía lo que iba a hacer, ni de qué iba a vivir, ni le importaba. No sabía todavía todo lo que su hermano había ahorrado, todo el dinero que el joven y brillante abogado había ido acumulando en diversas cuentas vivienda, y bonos del tesoro, y fondos de inversión, no sabía Susi que la herencia de su hermano, regalo póstumo e inesperado, le iba a permitir, junto con el subsidio de desempleo, vivir algunos años sin hacer nada. Cuando lo supo, Susi se fue a vivir cerca del mar.

Susi nunca será la misma, o mejor dicho, nunca dejará de ser lo que siempre fue. Una chica rara, inadaptada, siempre con ese aire de tristeza revoloteándole por el rostro. Encontró otro trabajo, otros amantes, otro piso, otra vida que no era intensamente feliz ni intensamente desgraciada, y salía a nadar todas las mañanas, quizá por mantener la figura, quizá por estar sana, quizá, sobre todo, por estar más cerca de su hermano.

Una mañana salió a nadar más tarde que de costumbre, debían de ser las nueve y media o las diez. El sol ya estaba alto en el cielo, aunque velado por unas nubecillas grises. Le sorprendió no ver a nadie en la playa, ni tan siquiera las consabidas huellas de pies desnudos en la húmeda orilla, al fin y al cabo son muchos los bañistas tempraneros y los que sacan a pasear a sus perros a primera hora. Las olas rompían con suavidad contra el muelle y no se veía ni una línea de espuma en la pequeña ensenada. El mar se diría tranquilo, sin peligro, pero con el mar nunca se sabe. Diez millas hasta el bloque, diez millas, y allí Susi se detendría a reposar sobre el cemento, por gusto, por contemplar desde lejos la línea de la playa, no porque se cansase. Se alejó de la orilla a brazadas rápidas, el cuerpo avanzando casi de perfil, muy hundido, y cada brazo disparándose alternativamente, con un movimiento elástico, un brazo, después otro, recortándose un momento contra el cielo, antes de volver a hundirse, preciso, mecánico, sin levantar espuma, el codo aparece primero al echar hacia atrás el antebrazo, con un ritmo de agua que cae, extendiéndose y recogiendo como remos que fueran abriendo camino. El primer sol de la mañana llenaba de reflejos la superficie del mar, una luz que el sol dardeaba sobre el agua, una luz que amarilleaba y verdeaba y goteaba sobre el azul turquesa. Susi chapoteaba con los pies, levantando a cada golpe un reguero de gotitas, salpicando el aire acuoso, líquido de gasa, de bruma, de espuma de mar, mientras gustaba del sabor a sal en los labios.

Como siempre, nadó hasta el bloque de cemento decidida a descansar allí antes de emprender el camino de regreso. Entonces, al tumbarse sobre la superficie plana y rugosa, advirtió el color del cielo, de un gris sucio que no presagiaba nada bueno, y recordó algo que había permanecido hasta aquel momento oculto en algún rincón del subconsciente. Recordó que aquella mañana, serían las seis o las siete, la había despertado el estruendo metálico de los relámpagos y el azote de la lluvia en las ventanas, el fragor de una tormenta. Así se explicaba por qué la playa estaba tan desierta, por qué no había bañistas ni señores paseando a sus perros. Entonces empezó a llover. Había que regresar.

Susi se asustó al ver las olas de resaca, pero pensó que podría volver a la playa sin necesidad de descansar, tan sólo dosificando el esfuerzo. Se ajustó el bañador y se zambulló de cabeza, saltando desde el bloque. Había un poco de marejada, en efecto, y algo de mar de fondo. Sacó la cabeza del agua y miró a su alrededor para hacerse una idea de la situación. La orilla parecía más lejana que otras veces. Igual que un amor, se alejaba más cuanto más intentaba acercarse a ella. Advirtió casi al mismo tiempo el tirón de la corriente que se empeñaba en arrastrarla y el sonido de las olas estrellándose contra el muelle. Quién hubiera

dicho que el día iba a revolverse así, marejada y viento, un mar encrespado y fiero, como para acabar allí, ahogada, como su hermano; no, si ya se lo habían advertido los de la Cruz Roja. Y lo peor es que en el mazacote casi no había descansado y ahora ya no le quedaban fuerzas. Cuestión de dosificar el esfuerzo, pensó Susi, de ir más despacio. Pero ¿quién podía plantearse dosificar esfuerzos cuando había que sacar fuerzas de flaqueza y emplear hasta el último músculo para contrarrestar la marejada que amenazaba con precipitarla contra el muelle? Empezaron a caer goterones sobre el agua, el oleaje se despertó, una ola cruzada la arrastró a su paso, y Susi pataleaba y pataleaba, y aun así, parecía que no iba a conseguir nada. Y a cada minuto estaba más cansada, y a cada segundo tenía más frío. Morir allí, en el agua, como su hermano, hundirse en la infinita y envolvente lucidez del agua que la arrastraría hacia el fulgurante fondo azul y verde. Sacó de nuevo la cabeza. Casi no distinguía la orilla. La marejada, seguro. El perfil del muelle parecía rematado por brumas temblorosas, gasas de niebla, encaje de espumas estrellándose bravías contra las rocas. Morir ahogada, como su hermano. Qué casualidad más tonta. O quizá no había sido casualidad. Quizá lo había ido buscando. No lo conseguiría. Agotada, Susi dejó de chapotear, y empezó a desplazarse de espaldas, llevada por la corriente. Era mucho menos cansada, pero sabía que antes o después el oleaje la arrojaría contra las rocas del muelle y aquello sería el fin. Tenía frío, mucho frío, los huesos ateridos, los labios azules, temblorosos, y aquel persistente sabor a sal le parecía un presagio de lo peor.

Y entonces oyó su voz. No la imaginó, no, aunque muchos dirían que sí. Era su voz, tan clara como entonces, que le decía: nada, nada, nada, no te pares, no sigas, puedes hacerlo, ¡nada, nada, nada! Y Susi empezó a agitar las piernas y los brazos al ritmo que él le marcaba, nada, más rápido, no pares, y Susi levantaba un brazo por encima del agua, y luego otro, precisos, firmes, mecánicos, nada, no pares, mantén el ritmo, y Susi pegaba patadas con las piernas y se esforzaba por no pensar en el cansancio ni en el frío, nada, nada, mantén el ritmo, no pares, y las gotas caían sobre el agua y Susi vio cómo un relámpago alumbraba el cielo gris y aceleró, NADA, NADA, NO PARES, y siguió adelante como pudo, quién sabe cuánto tiempo, a Susi le parecieron horas, en cualquier caso, sin dejar de oír ni por un segundo la voz del hermano que la obligaba a continuar, hasta que Susi vio la línea de la orilla y comprendió que ya estaba salvada, que todo consistiría desde entonces en dejarse llevar, porque a partir de ese punto el mar la arrastraría hasta la costa y todo se limitaría a ceder a la voluntad del agua, y caer allí, sobre la arena. Incapaz de moverse, aterida, exhausta. Salvada.

Susi no suele contar esta historia. Las pocas veces que lo ha hecho –le ha narrado la historia a algún amante, en la intimidad del dormitorio, sus defensas temporalmente derribadas por esa falsa ilusión de complicidad que sucede al coito, y a María, la directora de marketing de la empresa en la que trabaja, la única amiga íntima que tiene la ciudad– le han hablado de todo tipo de trucos psicológicos, de trampas del subconsciente, de alucinaciones, y le han dicho que sobrevivió, que siguió nadando pese a todo, sólo merced a un esfuerzo de su voluntad y no a una intervención sobrenatural.

A Susi le da igual, que digan lo que quieran, que no la escuchen, que no se dignen a prestar atención a esta chica rara y amargada que sale a nadar cada mañana y que prefiere creer que la vida no es sólo vacío, que prefiere creer que la vida, como el mar, es incomprensible e inabarcable, pero sobre todo, que no se empeñen en decir que es peligroso porque piensa seguir viniendo a nadar todas las mañanas.